

SERMON  
DEL CORAZON DE JESUS.

PREDICADO

POR EL SR. DEAN DE LA STA. IGLESIA CATEDRAL DE PUEBLA.

D. Ramon Vargas Lopez.

*Et audivi vocem magnam de throno dicentem:  
Ecce tabernaculum Dei cum hominibus et habitabit  
cum eis. Et ipsi populus ejus erunt, et ipse Deus  
cum eis, erit eorum Deus.*

*Y oí una gran voz del trono que decía: Ved aquí el  
tabernáculo de Dios con los hombres y morará con ellos  
y ellos serán su pueblo; y el mismo Dios en medio de  
ellos será su Dios.*

Apocalipsis. Cap. 21. vers. 3.

Una religion, señores, que enseña al hombre los principios mas puros y sublimes de una moral justa y santa: que le presenta un culto lleno de hermosura, magestad y belleza encantadora: que no solo ilustra el entendimiento sino que penetrando hasta el fondo del corazon, hace sentir los afectos mas tiernos: que afianza admirablemente el imperio á la paz, haciendo reinar juntas la virtud y la sabiduria, haciendo al propio tiempo correr por todas partes, y en abundancia infinita, vida y claridad inesplorable: esta religion, pues, que siempre se presenta á nuestros ojos, como un espectáculo embelesador lleno de ma-

gestad y de grandeza, y que no puede ser otra, que la religion del cristianismo; es la misma que hoy nos convida á la casa del Señor para que muy de cerca, y sin perder un acento, y postrados en torno de esa imágen de Jesucristo, escuchemos de la boca del mas misterioso de los Evangelistas, estas importantes y consoladoras palabras que nos levantan desde el polvo de nuestra miseria, nos elevan sobre nosotros mismos y nos dejan absortos en la mas profunda meditacion, y que comunicando en seguida un gozo inexplicable, nos obligan á cantar á los demás como hemos oído una gran voz, que saliendo de ese mismo trono, nos asegura ser este el tabernáculo de Dios con los hombres, ¡qué mas! que el Señor es nuestro Dios y nosotros su pueblo predilecto.

Y ¡cuál es ese tabernáculo? ¡cuál ese Santuario en donde reside la magestad del Señor? Cristianos: si vosotros no lo supiérais, tendria que decirlo hablando del Santísimo Corazon de Jesus. *Ecce tabernaculum.* Hé aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, hé aquí el divino Corazon de Jesus, el verdadero Santuario de la Divinidad; porque él, es el Corazon del Dios omnipotente, que vió brotar bajo su mano creadora la tierra, los astros y todo cuanto existe. Ese Corazon divino, es la estrella misteriosa que con luz inextinguible alumbrá á la casa de Jacob y á todos los que viven de asiento bajo las tenebrosas sombras del pecado; es el Corazon de aquel Pontífice eterno, sacrificador de la nueva alianza, que sin dejar de ser Sacerdote, es al mismo tiempo el holocausto y la victima que sube en olor de suavidad hasta el trono del Altísimo.

Dichoso yo si llegara á tratar con decoro y magestad una materia tan digna; pero para esto seria necesario estar penetrado de aquellos santos ardores que abrasaban el corazon del amado evangelista, cuando recostado sobre el pecho de Jesucristo, sentia los latidos de su divino Corazon; ó de aquel fuego de caridad que animaba al Apóstol de las gentes, cuyo corazon no era sino el de

Jesús, pues bien sé que siempre se ha mirado como un privilegio de ciertas almas, y que parece haberse Dios reservado exclusivamente á los Bernardos, Buenaventuras, Franciscos de Sales, Juanes de la Cruz y Teresas de Jesús, para hablar dignamente del amor del divino Salvador. Cerraría por lo mismo mis labios, sin atreverme á acercarme al trono de la caridad de Jesucristo; pero esa plenitud de gracia y de verdad me enseñan cómo el Corazón de Jesús se ha ocupado siempre y se ocupa actualmente de nosotros; y cómo también se ha entregado y se entrega á nosotros. Estas dos ideas desenvolveré, como asunto de este Sermon y objeto de vuestra atención. Pidamos la gracia que necesitamos por intercesión de María Santísima, á quien saludamos humildes. Ave María.

#### Punto primero.

Para formar un débil bosquejo, señores, del cúmulo inmenso de bienes que el Hijo de Dios nos ha dispensado, sería preciso subir con la imaginación hasta el origen del mundo, para ver allí, como en el acto mismo de la creación, se le abre al hombre el camino que debía correr para llegar á su destino inmortal, como se le muestra su dependencia gloriosa, y como ya desde entonces debía únicamente esperar de Dios la verdad y la ley. Allí se nos representará el pecado que condena á la humanidad entera, y las promesas de un Redentor, que en la plenitud de los tiempos salvaría á esta misma raza delincuente; y si desde esa primera página del mundo comenzamos á contar, pasando por toda esa cadena de siglos que ocupan el espacio que media entre Adán y Jesucristo, los Patriarcas, los Profetas, las instituciones, la religión, los sacrificios, todo nos predica estar maravillosamente ligado á esta amorosa, divina y consoladora promesa.

Ya se ve que el Señor, que es infinito en su bondad y

su justicia, habló; y como su palabra es inefable, por lo mismo no debía quedar el hombre privado para siempre del fruto de sus eternas y paternales caricias. A fin, pues, de recordarle y perpetuar el compromiso que con él había contraído, suscita á los Patriarcas, habla familiarmente con los antiguos justos, se sienta á la mesa de Abraham, escoje por suya una nación, fija su tienda en los tabernáculos de Israel, se pasea en medio de los campamentos de su pueblo, sirve á este de guía en los combates y le muestra que es su Dios, probándole de mil modos que lo distingue entre las naciones todas de la tierra. Mas todos esos bienes que dispensaba al pueblo escogido, no eran, señores, sino imágenes débiles de un bien mayor y mas grande, que al cabo de cuatro mil años se viene á descubrir á los hombres, cuando ellos pudieran decir y con verdad: «hemos visto la gloria de Dios llena de gracia y de verdad, entonces cuando el Verbo se hizo carne y habitó con nosotros; cuando le vimos como dice S. Pablo, con nuestros propios ojos, le oímos con nuestros oídos y le conocimos como amigo y como hermano». Este mismo Verbo encarnado conversó con los hombres por espacio de treinta y tres años, vivió con ellos, comió á su mesa, les hizo oír su voz, escuchó tierno y compasivo sus súplicas y los colmó de inmensos beneficios; lo hizo así para que quedaran cumplidas aquellas amorosas promesas que tenía hechas al hombre desde el principio del mundo. Pero señores, si el Salvador divino se hubiera contentado con vivir este corto espacio de tiempo y solo para el pueblo judío, podríamos decir entonces que eran limitados sus favores, puesto que á los demás les era extraño el beneficio mayor del cielo; si se hubiera contentado este Padre de las misericordias con predicar su Evangelio; si hubiera pasado su vida exento de las tribulaciones de la vida humana; si el dolor no hubiera despedazado sus entrañas; si la perfidia y la ingratitude no hubiesen contristado su pecho; si la persecución no se hubiera cebado en su sangre; y si la muerte, en fin, no le hubiera cubierto con sus sombras, ¡cómo hubiera

quedado satisfecho su infinito amor? ¿quién de todos los hombres hubiera practicado las virtudes austeras de su moral? ¿en qué punto hubiera encontrado su ley un asilo, ó en qué templo se hubieran elevado hasta el cielo los inciensos puros de la virtud? Porque supuesto que es tan grande el influjo de la carne y de la sangre, tan débil y miserable nuestra condicion y tan dependiente el alma de los sentidos, seguramente que no hubiera pasado mucho tiempo sin que el mundo hubiera naufragado de nuevo, y la Ley santa del Evangelio corrido en el pueblo regenerado la misma suerte que la legislacion de Moisés en el pueblo judío, y la Ley eterna de la naturaleza en las dilatadas regiones del paganismo.

Pero no era esta la suerte que reservaba Jesucristo á esa nueva Iglesia que habia resuelto fundar, regar y santificar con su sangre. Visible habia de ser, señores, y los nuevos hijos que la compusieran habian de encontrar en ella, no solamente verdades que atesorar en el entendimiento, sino tambien modelos perfectísimos de virtudes que practicar, quedando de este modo regenerada la razon y la voluntad, supuesto que verian venir de una misma fuente; verdades que ilustran, virtudes que santifican, remedios que sanan y las gracias todas que sostienen los pasos de la criatura por los caminos de su eterno fin. Por eso para cumplir su palabra eterna, El es el primero en consagrar con sus dolores y amarguras la penitencia, patrimonio esclusivo del pecador, sintiendo en su persona todas nuestras dolencias y levantando al grado de virtudes las penas que en la vida sentimos; por eso abre su marcha con los ejemplos mas admirables de unas virtudes tan sublimes que el mundo no conocia, imponiendo al hombre preceptos y enseñándole máximas tan importantes y divinas, que si bien es verdad que espantan á la naturaleza, desconciertan á la razon y hacen desaparecer el amor propio; pero El, las mira como el fundamento de las virtudes cristianas, y quiere al propio tiempo que ellas sean el lema de su vida, diciendo: niegate á tí mismo, aprende de mí que soy manso y hu-

milde de corazon; mi yugo suave, mi carga ligera; y ¿quién no admirará esa fecundidad tan prodigiosa, esos ejemplos tan raros de virtudes que se descubren en el corazon del Hombre Dios, virtudes sublimes que el cielo respetuoso contempla y la tierra no cesa de admirar? ¿Y será esta la herencia toda que legará á sus queridos hijos? ¿quedará acaso plenamente satisfecho ese divino Corazon? No por cierto: su amor inmenso no queda satisfecho sino hasta morir por el hombre, hasta dar la última consumacion á su grande y augusto sacrificio; hasta llevar al cabo el designio eterno, que meditaba en el seno de su Padre celestial, y hasta estrechar con vínculo infinito la suspirada alianza entre Dios y el hombre.

¿Quereis ver saciada esa sed de dolor, símbolo del amor infinito que tiene á su pueblo, y explicado este mismo amor de la manera mas sublime? Acercaos con la imaginacion á esa montaña para siempre tan memorable; cercad ese lecho de agonía donde á todos bendice el Padre universal, á donde llama á los grandes y á los pequeños, á los poderosos y á los miserables, á los fuertes y á los débiles, á los vencedores y á los vencidos; en donde los oráculos y los sacrificios, los sacerdotes y las victimas, los ritos y los preceptos, y todos los símbolos y todos los anuncios quedan cumplidos y consumados; donde el pecado y la muerte quedan vencidos; rotos y deshechos para siempre, el yugo hereditario que oprimia á los hijos de Adán, y desde donde se alza esa plegaria que va á desarmar el brazo de la Justicia eterna; esas palabras salvadoras que sancionan la libertad del mundo y abren á las generaciones las puertas de la inmortalidad.

A vista de este abismo de bondad, preguntaremos todavía, ¿por qué ha venido el Hijo de Dios? ¿por qué ha emprendido una carrera tan dolorosa? ¿qué cuidados han ocupado su Corazon en la tierra? A esto nos responderá la Iglesia que por nosotros, y por nuestra salud descendió de los cielos. Sí, señores, la felicidad del hombre le sacó del seno de su Padre al seno de una Virgen; de aquí al pesebre, del pesebre á la Cruz, de la Cruz al sei-

pulero, del sepulcro al emíreo. Todo esto, dice S. Gregorio, para llevarnos en pos de sí, para hacernos correr tras el aroma divino de los exquisitos bálsamos que exhala su amante Corazon.

Hé aquí, señores, por qué el corazon bondadoso de Jesucristo que siempre se ocupa y vela sobre nuestra felicidad, nos ha manifestado esas brillantes pruebas de su amor como otros tantos eternos monumentos de su inmensa caridad; por eso la Judea entera, el Cenáculo, el Huerto, el Calvario y el Altar, serán mirados siempre como el teatro augusto de su infinito amor, desde donde su tierno Corazon busca solícito al pecador, instruye misericordioso al ignorante y cura compasivo al enfermo. ¡Oh abismo de caridad! ¡Y qué cúmulo de todas las virtudes nos descubre el santísimo Corazon de Jesús! Allí recordamos con ternura sus fatigas por buscar al pecador, sus lágrimas sobre su obstinacion, su dulzura con el arrependido que lo invoca, su paciencia en esperar al delincuente, y su alegría al verlo dócil á su gracia; indulgencia suave, compasion atractiva, dulzura con el hombre, es todo lo que opone su Corazon divino al corazon manchado y á la voluntad rebelde. Estas palabras tan dulces, tan tiernas y tan insinuantes ¡qué confianza no inspiran, y mas cuando sabemos que el Dios que nos habla no es el Dios terrible que nos pintaron los profetas, sentado sobre un trono de nubes, atronando y haciendo temblar al mundo? No el Dios del Sinai, con su corte de truenos y relámpagos; no aquel Dios á cuya presencia bambolean las columnas del firmamento y se estremecen las cumbres de las montañas al contemplar el aliento de su cólera, sino el Dios de paz, de amor, de misericordia y de consuelo que deja la morada de su gloria para redimir á la triste humanidad; es un Dios Hombre cuyo Corazon tiene sus complacencias, no solo con ocuparse de los hombres, sino con entregarse todo entero sin reserva á estos mismos hombres, como lo veremos en la segunda parte.

### Punto segundo.

Como los designios de la misericordia Divina no solo se dirigian á levantar al hombre de su caída restituyéndolo á la gracia y relacionándolo de nuevo con su Criador, sino á admitirlo á una union mas estrecha, tal que el hombre pudiera hacerse participante de la Divina naturaleza, como dice S. Pedro, por eso el Verbo divino, para ponerse en contacto con la naturaleza humana, tomó un cuerpo semejante al nuestro, pero limpio, sin mancha, incorruptible; una carne y sangre benditas y extrañas del pecado para rehacer como hombre nuevo á toda la extirpe corrompida de Adán, darle nueva vida, nuevo origen y remediar un mal universal con antídoto igualmente universal; á este fin, el Verbo hecho carne nos entrega su propio corazon, rompiendo en nosotros la impura túnica que nos envuelve la carne y sangre del pecado, revistiendo en nosotros todo lo que estaba sujeto á corrupcion con su divina incorruptibilidad; este mismo Redentor del mundo, al celebrar su grande y augusto testamento, se anonada bajo las especies de pan y de vino, establece la fé enmedio de las tinieblas y engrandece al hombre con la última prueba de su inefable amor. Sí, señores, el mismo que llenó de luz al mundo, y que tantas bendiciones derramó sobre los tristes y desgraciados; aquel Pastor amoroso que iba diciendo á las gentes: la paz sea con vosotros; aquel humilde peregrino que santificaba la caridad y la pobreza; aquel divino predicador que enseñaba la senda de la virtud y hacia resonar su voz por todas partes, como un viento apacible; aquel Padre amoroso que repetia con ternura estas palabras de consuelo: amaos los unos á los otros; aquel Profeta divino que vaticinó la destruccion del templo, las ruinas de Sion y el desgarramiento del velo santo; aquel dulce Jesús, proclamado rey de los Judíos, es el mismo que nos entrega su Corazon cuando nos dice: comed mi cuerpo,

bebed mi sangre y os volvere's Dios. ¡Oh que abismo de bondad! ¡qué misterios tan impenetrables del amor Divino y qué felicidad tan grande para el hombre! Grande por cierto, pues que la sagrada Eucaristía viene á depositar en nuestro corazon un germen de inmortalidad que nos acerca desde esta vida, á la que gozan en el cielo todos sus dichosos moradores; así se cumplen aquellas palabras del divino Salvador: *El que come mi cuerpo y bebe mi sangre, vive en mí y yo en él.* Con razon, dice un Santo Padre, nuestra carne unida á la de Jesucristo, recibe una propiedad admirable, en cuya virtud se diviniza. Nuestra carne se convierte en la misma carne de Jesucristo, dice S. Cirilo de Jerusalem, y ¡qué hemos perdido, exclama el Pontifice S. Leon, por la envidia y sugestiones de Satanás, y por el pecado del primer hombre? El derecho de ser bienaventurados en el cielo, semejantes á los Angeles, y el tener un cuerpo adornado de todas las cualidades gloriosas? Pues aun mas que todo esto hemos ganado incorporados con Jesucristo; formando una misma cosa con él, tenemos la dicha de ser elevados sobre los mismos Angeles, y puestos á la diestra del Todopoderoso; seremos recibidos un dia á la participacion de Jesucristo, si recibimos dignamente la Eucaristía. El efecto que causa la sagrada Eucaristía, dice el grande Obispo Bossuet, es incorporarnos con Jesucristo respecto al cuerpo y al espíritu, de modo que Jesucristo goza de nuestro cuerpo y de nuestro corazon y nosotros del suyo. Así ha amado su sagrado Corazon al hombre hasta el fin, hasta el último exceso de su amor, y si se me permite esta expresion, hasta donde puede llegar el amor de un Dios.

Mi carne es verdadera comida, mi sangre verdadera bebida, *tomad y comed*; con lo que se explica claramente, como se entrega el Corazon de Jesucristo al corazon del hombre, viniendo á ser una misma la vida que anima á Jesucristo y la que anima á la criatura unida á El eucaristicamente. Así lo entendió seguramente S. Pablo cuando dijo: «vivo yo, pero no soy yo el que vive, sino

Jesucristo, que vive en mí. Tambien nosotros podemos gloriamos con semejante dicha; porque tenemos real, y verdadero en esa sagrada hostia, el corazon de Jesucristo, el mismo, señores, que de la sangre purísima de Maria, formó y organizó el Espíritu Santo, y lo tenemos no solo para verle y adorarle, consultarle y oírle, suplicarle y empeñarlo en nuestro socorro; sino tambien para comerlo y alimentarnos con él; para meterlo dentro de nuestro pecho, aplicarle á nuestro corazon, y liquidado éste con el fuego divino, en que está abrasado el corazon amorosísimo de Jesus, podamos decir que no tenemos otra vida que la del corazon de Jesus. ¡Oh qué felicidad tan grande! Pero tan grande que no envidiamos por cierto la que tuvo el pueblo Judío, ni echamos menos á Belen, á Nazaret, al Cenáculo, al Huerto ni al Calvario; porque tenemos una cosa igualmente grande, augusta y magestuosa: tenemos al corazon de Jesucristo, al corazon de nuestro Redentor, Libertador, Padre, Amigo y Hermano, que no contento con ocuparse de nosotros ha sabido sufrir su pasion mas dolorosa, resucitar de entre los muertos, subir al cielo, enviar su Espíritu divino, fundar su Iglesia, instituir sus Sacramentos, darse en alimento, asegurarnos que permanecerán con nosotros sus ojos y su corazon todos los dias para que siempre en todas partes, podamos repetir: Hé aquí el tabernáculo de Dios con los hombres; y no contentos con esto, digamos en alta voz: Nosotros somos su pueblo, y El será siempre nuestro Dios. A vista de esas pruebas grandes de amor que de todos modos nos muestra el divino corazon de Jesus ¡cuál deberá ser nuestra devocion hácia un corazon tan generoso? ¡cuánta nuestra confianza? ¡cuáles nuestros afectos? ¡qué emociones tan dulces y tan suaves, y qué sentimientos tan puros no experimentaremos, al postrarnos en presencia de esa imágen? ¡Oh, señores, aquí faltan las palabras, de nada sirven los adornos de la elocuencia mas animada; porque ni el arte, ni la naturaleza, tienen colores suficientes, para pintar un cuadro tan

encantador, y que embellece tanto; lo siente el alma, sí; pero es imposible que lo explique la lengua.

A vosotras apelo, hermanas mías, y esposas queridas de Jesucristo, á vosotras digo: ¿qué es lo que sentís cuando desprendidas del mundo y encerradas allá en lo mas secreto de vuestro corazon, conversais familiarmente con el corazon de Jesus? ¿cuando asombradas mirais ese corazon divino abrasado de esas voraces llamas que sin cesar lo están rodeando sin consumirlo nunca? ¿qué pensais cuando de nuevo lo volveis á mirar coronado de esas punzantes espinas que lo están atravesando con la mas infuca crueldad? ¿Qué direis cuando contemplais esa puerta inmensamente dilatada, que abrió la lanza del amor mas puro, para recibirnos á vosotras, y á todos nosotros? no es posible, direis, mirarlo sin enternecerse; sin que se conmueva nuestro corazon; no es posible mirarlo sin resolvernos á sacrificarlo todo por su amor; no es posible verlo tan humillado y abatido, sin humillar y abatir hasta el polvo nuestro amor propio; no es posible volver á mirarlo muchas veces tan paciente, benigno, manso, caritativo y misericordioso, sin abrirle de par en par las puertas de nuestro corazon; y sin determinarnos á imitarlo y llenas de espanto y como oprimidas por el peso infinito de sus bondades, y postrados en torno de su imagen; sin quedarnos fuerzas sino para pronunciar estas palabras: *quid retribuam domino*, ¿qué daré yo al Señor que me ha colmado de tantos favores? y cuando mas asombradas os encontráis ¿no os parece que fija en vosotros sus tiernas y amorosas miradas, que oye vuestras súplicas, que abre misericordioso su corazon, para recibir vuestras lágrimas, que extiende sus manos para bendeciros, y abre sus labios para deciros..... Pero, ¿qué palabras pronuncia? oídlas y no perdais una sola, que todas son consoladoras y amorosas: "Hijo mio dame tu corazon á mí" para que al oír vosotras este lenguaje le direis al sagrado corazon de Jesus, cumpliré mis votos al Señor y los cumpliré delante de todo el pueblo y consagrando al divino corazon de Jesus, todo lo que soy, todo lo que

tengo; todo lo que puedo, todo lo que espero renovar hoy mismo aquí en la presencia del Señor mis antiguos juramentos de la manera mas solemne, para que pueda decir con la santa intrepidez del Apóstol ¿quién me separará del corazon adorable de Jesucristo, etc., etc.?

Corazon Divino de Jesus, objeto de las tiernas complacencias del Padre, fuente inagotable de gracia y de verdad, nosotros nos consagramos en este dia irrevocablemente á vuestro servicio y amor, os ofrecemos enteramente nuestro pobre corazon, lavados y purificados para que limpios podamos acercarnos á vuestro corazon que es la fuente de toda pureza, habitando en él todos los dias de nuestra vida y gozar de la bienaventuranza prometida la que á todos deseo en el nombre del Padre del Hijo y del Espíritu Santo Amen. (1)

---

(1) Revisado por la censura.